



**FRAY ALBERTO GOMEZ DE LAS BARCENAS
(1927-1997)**

Por FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

Este nombre es muy conocido de todos cuantos se interesan por la orden del Císter —tan estudiada hoy a nivel universitario—. Quizá lo recuerden también los antiguos suscriptores de HIDALGUÍA, por su colaboración —cuando todavía era estudiante— en uno de los números de la primera época en que publicó un importante trabajo sobre heráldica cisterciense. Dicho trabajo se busca hoy con mucho interés por todos los amantes de la orden, con la particularidad de que a estas alturas todavía no ha sido superado. El hecho de su vinculación a esta revista desde sus primeros tiempos y de la honda amistad que mantuvo con la persona de su digno director-fundador, me da pie para ofrecer aquí una sencilla semblanza, al año exacto de su muerte en tierras angolanas.

Su inesperada desaparición me ha sorprendido y habrá sucedido lo mismo a todos cuantos le conocieron, pues se hallaba en una edad de la cual todavía podíamos esperar mucho fruto; pero Dios tiene siempre la última palabra y sabe lo que mejor nos conviene a cada uno. Conviví con él muchos años y siempre le tuve en gran estima, debido a sus grandes valores y simpatía que poseía a raudales. A pesar de la diferencia de edad —le llevaba yo once años— coincidíamos en muchos



FRAY M.^o DAMIAN YAÑEZ NEIRA

puntos de vista relacionados con la historia del Císter en la que trabajamos juntos.

Creo es una pérdida grande para la orden, en la que deja una huella cultural notable. Intentaré resaltar los grandes valores que en un primer momento destellan ante mi vista en este religioso, que bien merece se le haga algo más completo cuando pase el tiempo y se pueda estudiar con serenidad su obra cultural.

1. MONJE DEL CISTER

Nació fray Alberto en Madrid en 1927, de una familia muy cristiana que se esmeró en que recibiera una educación adecuada. En sus primeros años se trasladó a Palencia con sus padres, donde continuó su formación religioso-cultural en el colegio de los hermanos maristas de dicha ciudad. Las asiduas visitas a la Trapa de San Isidro de Dueñas, despertaron en él simpatía hacia la orden, no parando hasta ingresar en ella, iniciando el noviciado a los dieciocho años, al que se siguieron los demás pasos reglamentarios hasta culminar en el sacerdocio recibido en marzo de 1952.

Se distinguió siempre por su amor a la orden, manifestado en el ansia constante de formarse debidamente en su historia y trabajando con un método que le daría magníficos resultados. Por los distintos lugares por donde pasaba tenía la costumbre de ir recogiendo todos aquellos datos que le podían servir para ampliar su formación y a la vez utilizaría algún día para realizar trabajos de interés para la misma orden.

No recuerdo si fue todavía de estudiante o recién estrenado su sacerdocio cuando se trasladó a Francia unos meses. Ignoro exactamente los motivos. Quizá influyera en ello las corrientes que en aquellos tiempos circulaban en la orden. Se había despertado en las comunidades un ansia legítima de sacudir un estado de indolencia y abandono en los estudios que se venía arrastrando sobre todo a partir de la reforma de Rancé. Donde mayor auge tuvieron estas corrientes fue en Francia



y Bélgica, hasta el punto de que a raíz de ellas se creó en esos países una comisión central de expertos en historia de la orden, la cual pretendía no sólo dedicarse de lleno a ahondar en el pasado cisterciense, poniendo al día los estudios, demasiado olvidados, sino se esforzaría en promover los estudios en otras naciones, coordinando los trabajos que se llevaran a cabo en ellas.

También en España se despertó pronto el mismo afán, siendo una de las primeras naciones en sumarse a aquel movimiento científico. Las dos principales comunidades de Viaceli (Cantabria) y San Isidro de Dueñas (Palencia), mostraron deseos de colaborar en aquella empresa y no pararon hasta crear en España una subcomisión de especialistas que seguiría de cerca las consignas trazadas en la comisión central de la orden, colaborando con ella. Es casi seguro que el padre Alberto—dado su perfecto conocimiento del francés— fue nombrado por los abades españoles para establecer contacto en Francia con dicha comisión central, a fin de ponerse al corriente de la marcha de los trabajos y recibir orientaciones en orden a hacer en España algo semejante a lo que allí se estaba haciendo.

Lo cierto es que a raíz de aquel viaje la subcomisión española comenzó a trabajar con óptimos resultados y hubiera cosechado abundantes frutos, si le fuera dado continuar trabajando conforme a los planes trazados; pero a los pocos años casi se abandonaron los trabajos, no por falta de voluntad y constancia en los integrantes de la subcomisión, sino porque los superiores destinaron a los principales responsables a tareas que les impedían seguir trabajando en la investigación histórica (1).

(1) Uno de los principales miembros de la Comisión española fue el padre Ezequiel Martín de Velasco, monje muy competente con un espíritu crítico muy refinado, que sentía verdadera pasión por los estudios históricos, pero a los pocos años, cuando comenzaba a producir los primeros frutos, le encargaron de la vaquería moderna recién creada, y tuvo que suspender casi por completo los estudios. Para que se vea lo bien que trabajaba, ya en sus comienzos, en 1953, publicó la preciosa obra *Los bernardo españoles*, muy concisa y metódica, lo mejor que hay sobre el tema, que todavía no ha sido superada.



FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

No obstante, algunos continuaron trabajando como pudieron, casi en solitario, uno de ellos el padre Alberto, quien me consta que en su viaje a Francia aprovechó bien el tiempo recogiendo abundante material de datos sobre diversas materias de autores cistercienses desconocidos en España. Todo ese material le serviría más tarde para elaborar los magníficos trabajos aparecidos en «Cistercium», parte de ellos cuando ya se hallaba en Angola. Quizá extrañara a muchos que hallándose instalado en el corazón de las selvas africanas, pudiera llevar a cabo estos trabajos científicos tan documentados, como cualquiera puede comprobarlo en «Cistercium». Todo era fruto de las notas recogidas en su estancia en las abadías francesas (2).

La elaboración de estos trabajos no los hizo directamente para publicar en esta o en aquella revista, sino responden a una misión delicada que le confiaron los superiores al poco tiempo de recibir el sacerdocio. En la década de los años 40-50, a raíz de la guerra de liberación y la II Europea, fueron muchos los jóvenes que dejaron el mundo e ingresaron en la Trapa de Dueñas. Hallándose la comunidad con un plantel brillante de jóvenes, en plena formación espiritual y científica, no teniendo quien se encargara de ellos, con objeto de que se perfeccionara y consolidara en ellos esa formación, acordaron los superiores crear el llamado «escolasticado», es decir, un tiempo de formación que abarcaría los años que median entre la profesión y la ordenación sacerdotal.

Para ello, necesitaban buscar una persona idónea capaz de poner al frente del mismo como principal responsable de su formación, y los superiores pusieron los ojos en el padre Alberto, quien se entregó de lleno a cumplir con aquel papel relevante en la vida de la comunidad, cargo desconocido en la casa hasta aquel momento. Como tenía que darles continua-

(2) Puso al frente de ellos este título general: *La verdad sincera del Císter*, habiendo aparecido en la citada revista entre los años 1955 y 1966, abarcando lo más destacado de la historia de la orden, a partir de sus orígenes y fundadores. No pierdo la esperanza de que algún día sean publicados en obra aparte.



mente conferencias sobre la orden, aprovechó la ocasión para ahondar más y más en la historia del Cister, y el fruto de esos trabajos no tiene desperdicio, lo podemos comprobar todos enseguida.

2. HERÁLDICA CISTERCIENSE

Todavía se hallaba estudiando la carrera sacerdotal, cuando dio pruebas de magnífico ingenio, acometiendo una empresa audaz en extremo, sobre la que nadie en la orden había trabajado: la heráldica cisterciense, campo inexplorado en España y fuera de España. De momento se contentaría con hacer la de los monasterios de nuestra patria, después no se lo que pensaba, tal vez dedicarse a hacer la de las casas del extranjero, aunque dicho sea de paso, al poco tiempo de aparecer su obra, se notó que en Francia y Bélgica pensaban hacer algo parecido. Fruto de sus esfuerzos fue brindarnos con la obra que apareció en el número 19 de *HIDALGUÍA* y le ha dado fama universal.

Ignoro cuándo ni cómo comenzó a trabajar en este campo totalmente virgen, la *Heráldica cisterciense*, sobre el cual nadie —como digo— se había ocupado, logrando dejar a la posteridad un avance muy estimable sobre el tema, que todavía hoy sigue estancado en el mismo estado que lo dejara nuestro monje madrileño (3). Tuvo que partir de cero y lanzarse a una labor ímproba de búsqueda de fuentes para poder darle cima. Causa no poca admiración que pudiera salir adelante con su propósito, por no tener delante obras que le ilustraran en la materia —en la biblioteca monástica no existía ninguna obra sobre heráldica—, ni ningún modelo que le sirviera de guía; con la agravante de haber realizado el trabajo desde el encierro del monasterio, sin poder salir a estudiar in situ la heráldica

(3) El hecho de que a los pocos años le encargaran del escolasticado y luego le destinaran a la fundación de Angola, donde fijó su residencia, quizá le obligara a perfeccionar la obra.



FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

de ningún monasterio (4). Como él no sabía dibujar, buscó un religioso de la comunidad, el padre Alberico Feliz, que le prestaría ese servicio dibujando los escudos.

Veamos cómo inició su tarea, y el concepto tan elevado que tenía de la heráldica. En 1951 comenzó por lanzar una circular a todas las comunidades cistercienses de España en la revista «Cistercium» en la cual decía: [«El blasón —ha dicho un gran escritor— es la lengua más extendida, la más rica, la más difícil de todas; una lengua realmente magnífica, que tiene su sintaxis, su gramática, su propia ortografía». Detenernos aquí a poner de relieve el interés que el estudio de la Heráldica Cisterciense ofrece, sería prematuro. Nos limitaremos, pues, a notificar el hecho; dos monjes de esta Comunidad se vienen dedicando desde hace varios meses a la búsqueda y colección de los blasones pertenecientes a los monasterios Cistercienses de España y Portugal y aún, dada la oportunidad, los de cuantos abades o abadesas puedan recogerse, ya que si bien es cierto que estos últimos no ofrecen el mismo interés general, no dejan de ser aleccionadores y un día prestarán su servicio contribuyendo a desterrar el «lamentable hecho, tan corriente en nuestros días, de encontrar, en el medio eclesiástico, sobre todo; escudos de armas que asemejan cuadros o estampas piadosas, compuestos en contradicción abierta con el buen gusto y las exigencias de este delicado arte» (5).

Fiados en la caridad de nuestros lectores, rogamos a cuantos gusten de la Ciencia Heroica nos proporcionen los datos que conozcan sobre blasones de las antiguas abadías cistercienses de su región y agradeceríamos en especial a todos y cada uno de los monasterios españoles de ambos sexos nos dieran a conocer su escudo de armas, enviándonos un dibujo, si posible fuera en colores, añadiendo alguna explicación

(4) Hay que tener en cuenta que nuestra espiritualidad tradicional es vivir en parajes solitarios, en estricta clausura, que en tiempos del padre Alberto se observaba con mucho rigor, siendo muy contados los viajes.

(5) CHARRIER, HENRI: *Le Rme. P. Dom Herman Josepht Smets*, Dijon, 1944, 11.



sobre su origen y significado. Finalmente quedaríamos también muy agradecidos si se nos prestara este mismo servicio respecto de los escudos abaciales o al menos de los posteriores a la restauración de nuestra observancia en España] (6).

En colaboración con el citado padre Alberico Feliz Carvajal, llevó a cabo la elaboración de la *Heráldica cisterciense hispano lusitana*, aparecida como se ha dicho en el número 19 de *HIDALGUÍA*, Madrid, 1956, obra concisa, pero de un valor incalculable, como lo demuestra el hecho de que se busque con verdadera ansiedad, por ser lo único que se conoce sobre el tema en España (7). En ella se recogen 90 escudos de monasterios. Se inicia con los blasones de España y Portugal, el de la Iglesia, las congregaciones cistercienses españolas y portuguesas, y sigue el blasón de cada monasterio masculino y femenino, la mayoría de ellos a todo color, aunque gran cantidad aparecen con sólo los rasgos del dibujo sin el color respectivo, por no habersele facilitado los datos precisos para trasladarlos al papel.

Siempre he admirado esta obra, por cuando no podía inspirarse para nada en otra anterior, sino todo tuvieron que improvisarlo, comenzando por la búsqueda de los respectivos blasones, a base de cartas y más cartas a los sacerdotes y a las comunidades de religiosas. Contestaron muchos ofreciendo los datos precisos; otros, en cambio, dieron la callada por respuesta, no por mala voluntad o desatención, sino por no tener idea del tema, por ignorar las armas del monasterio (8). Esto explica las lagunas continuas que se advierten en ella, sobre

(6) Cfr. «Cistercium», a.1951, pág. 189. A continuación ruega que toda la correspondencia se dirija a la Abadía de Dueñas, a la Comisión de Historia cisterciense que se acababa de poner en marcha y se deshizo a los pocos años.

(7) No hace mucho tiempo me informaba un amigo asturiano que se había subastado un ejemplar de la *Heráldica Cisterciense*, que sin duda habían separado de la revista, en varios miles de pesetas. No me extraña. Ignoraban que todavía se puede adquirir hoy el número 19 de la revista «HIDALGUÍA».

(8) Es cierto, en algunos monasterios no se sabe cuál era el escudo de armas, y otras veces enviaban el que figuraba en alguna parte del edificio, con la particularidad de ser el mismo de la congregación de Castilla, por haber dependido el monasterio de dicha congregación.



FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

todo, por lo que respecta a las abadías portuguesas, que no le debió contestar nadie, por estar casi todas ellas en ruinas, abandonadas, y sin ninguna persona que se ocupase de conocer su historia.

Quizá hoy se pudieran facilitar datos precisos de algunos monasterios, sobre los cuales hay algunas monografías hechas. Los congresos que estamos organizando (9) para seguir ahondando en la historia del Císter, son una buena oportunidad para avanzar en este terreno de la «Heráldica» que —dicho sea de paso— encuentra pocos entusiastas, a pesar de ser de gran interés. Desde estas páginas hago una llamada a los estudiosos, para ver si alguno se encariña con el tema y completa la obra del padre Alberto. A mí me es imposible a causa de la edad.

3. HISTORIA DE LA ORDEN

El padre Gómez de las Bárcenas nos dejó meritorios trabajos relacionados con el pasado histórico del Císter, de manera especial tiene un precioso estudio en torno a sus orígenes, espiritualidad y arte, que en más de una ocasión he intentado extractar para publicarlo en obra aparte, pues merece la pena, ya que al hallarse dividido en varios números de «Cistercium» no es manejable y apenas se conocen los temas de que trata; cosa distinta sería si estuviera publicado en una sola obra. No dudo que lo haré, si el Señor me conserva la vida y esta capacidad de trabajo como actualmente. Tales artículos aparecieron en la revista con el título *La verdad sincera del Císter* a partir de 1955 y continuaron hasta que su autor marchó a Angola, y aun allí todavía publicó algunos, pero luego los interrumpió,

(9) Están señaladas las fechas del 2 al 5 de julio del presente año 1998, el II Congreso internacional sobre el Císter en Galicia y Portugal, con motivo de cumplirse el IX Centenario de la fundación de la orden. El primero lo tuvimos en marzo de 1991 y resultó muy brillante. Espero que el presente año no se quede atrás.



con harta pena, pues los trabajos de una fundación son muy penosos, no dejan mucho tiempo libre y, por otra parte, carecía de muchas fuentes como hubiera tenido de haber seguido en España.

Antes de entrar en materia coloca una advertencia en la cual expone la finalidad del trabajo, así como los motivos que le indujeron a su publicación: «Con el presente artículo —escribe— doy comienzo a una serie de trabajos carentes casi por completo de originalidad y, consiguientemente, de mérito personal. Dedicado desde hace algún tiempo a la formación de los jóvenes estudiantes de San Isidro, hube de preparar conferencias destinadas a ser desarrolladas en un ambiente familiar y cuyo fin no podía ser la investigación, sino la sólida instrucción. De aquí que nunca tuve reparo en aprovechar los mejores trabajos ajenos con entera libertad. Más tarde se me ha pedido de diversas partes insistentemente las diera a la pública luz. Gustoso accedo confiado en la benignidad de autores y lectores con el único fin de divulgar ideas por desgracia desconocidas y que pueden hacer algún bien espiritual» (10).

A pesar de decir que no tiene mérito alguno, yo veo todo lo contrario, una riqueza extraordinaria en el entramado científico que preside toda la obra, cimentada sobre autores competentes en la materia, la mayoría desconocidos en España. El hecho de haber pasado aquella larga temporada en Francia —de que hablamos antes— le sirvió para aprovechar el tiempo, perfeccionándose en el francés y adquiriendo un bagaje de conocimientos respetable sobre los diversos campos de la historia cisterciense. La facilidad con que se desenvolvía en el idioma francés, le facilitó el acceso directo a fuentes desconocidas en España.

Confieso lleno de admiración, a la vez que de agradecimiento, que estos trabajos me han servido en más de una ocasión para orientar y ampliar algunos míos, el último de ellos, hace pocos meses, al elaborar un estudio para la revista «Portada Aira», titulado: *Plano de una abadía cisterciense*. Me sirvió

(10) Cfr. Rev. «Cistercium», a. 1955, pág. 244, nota.



FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

de orientación el trabajo que dedica el padre Gómez a este tema, cimentándolo en los mejores autores, en su mayoría desconocidos. El hecho de que desarrolle ampliamente cimentándolo en una variada gama de autores desconocidos, hacen esta obra imprescindible para los estudiosos de nuestra orden, y siempre se mirará con respeto y no poco provecho.

Al lado de este trabajo que —junto con la *Heráldica cisterciense* fueron los más importantes que nos legó— hallo una serie de artículos no tan completos, pero bien cimentados en los mejores autores, de los cuales citaré sólo algunos títulos:

— *Super Chartam Caritatis*. Con motivo de haberse hallado en los últimos tiempos una nueva Carta de Caridad, documento que mantuvo la orden unida en cuerpo compacto durante siglos, el padre Alberto se ocupó de darla a conocer, incluso la tradujo del latín al español y la publicó en «Cistercium», con objeto de que este documento básico en el monaquismo fuera conocido dentro y fuera de la orden (11).

— *Devoción a la Sagrada Humanidad de Cristo en la Orden Cisterciense*, en «Cistercium», 1964, 151-162 y 202-213. En este trabajo desarrolla el tema cimentándolo en los mejores autores del Císter de los primeros tiempos.

Como buen hijo de San Bernardo, el gran enamorado de la Virgen Madre dedicó algunos artículos a profundizar en la devoción mariana, descubriendo sus raíces en el pasado de la orden, pues ya en 1134 los primeros padres determinaron que todas las iglesias de la Orden se consagraran en honor de Santa María, práctica que se ha seguido siempre con gran fidelidad. Sobre este tema tiene varios artículos en la misma revista, así como de alguna otra temática cisterciense. Sobre todo, le mereció gran estima San Amadeo de Lausana, que tiene unas preciosas homilías marianas que se encargó de divulgar.

Una vez establecido en Angola, no teniendo a mano fuentes necesarias, porque los apuntes que llevaba se le iban agotando, se ocupó de historiar los orígenes de la fundación de Bela

(11) Cfr. Rev. «Cistercium», II (1950), págs. 47-51, 80-82 y 86-89.



Vista, monasterio que atrajo sus predilecciones y por el cual trabajo de manera incansable. Publicó una serie de trabajos entre los años 1961 y 1965 sobre dicho monasterio, que se mirarán siempre con agradecimiento y respeto, porque traza con rigor científico los orígenes de la casa, de manera que los historiadores modernos encontrarán en estos trabajos una ayuda valiosa para poder utilizar cuando se trate de hacer una historia del Císter en tierras de misión.

A partir del año 1965 enmudecen casi por completo sus colaboraciones, no por falta de interés por la historia de la orden, sino porque le absorbía por completo el régimen de la comunidad, de la cual fue nombrado superior. Se lo impidió igualmente la ingente tarea que se impuso de crear ambiente para establecer en Angola una fundación de la rama femenina, y por añadidura, debido a la terrible guerra que asoló Angola en los años subsiguientes a la independencia, pues el padre Alberto y sus monjes se vieron obligados a vivir durante quince o veinte años en casas particulares de Huambo, debido a que fue arrasado el monasterio de Bela Vista y se les persiguió igualmente en la villa del mismo nombre en la que estuvieron refugiados algunos años.

4. PIONERO DE LA UNION DE LA ORDEN

La orden cisterciense, fundada en 1098 en las selvas borgoñonas, fue creada por los fundadores como un cuerpo monolítico, que se mantuvo incólume durante siglos, gracias a las sabias normas establecidas en la *Carta de Caridad*, pero la decadencia de costumbres en los últimos siglos, motivó las diversas reformas que se llevaron a cabo en los distintos países, una de ellas —la primera— la de Castilla, nacida en Toledo en 1427. Actualmente se halla dividida la orden en dos grandes familias: la estrecha y la común observancia. La primera forma un cuerpo compacto, con diferencias sólo accidentales en los diversos monasterios; mientras la segunda se compone de más de una docena de congregaciones con dife-



FRAY M.^o DAMIAN YAÑEZ NEIRA

rencias intrínsecas muy notables en la manera de cumplir las diversas observancias. Tan grandes son esas diferencias, que hay algunas congregaciones que están entregadas al apostolado de la enseñanza, lo que supone una marginación de la vida litúrgica, principal ocupación del monje cisterciense. Esta división desagradó siempre a la mayoría de los monjes, que desearon formar una sola familia tal como la crearon los primeros fundadores.

Hasta mediados de siglo, era poco menos que impensable volver a formar un sólo cuerpo compacto entre las diversas congregaciones, pues cada una de esas familias mantenía sus modalidades propias, a las que no podían renunciar sus monjes. Cosa normal que quienes habían profesado en una congregación de vida apostólica —pongo por caso—, como sucede en diversos países del este europeo, no quisiera o le costara adaptarse a llevar vida totalmente contemplativa. Pero hoy han desaparecido las barreras, debido al pluralismo admitido en los últimos tiempos, o por mejor decir, a la facilidad que hay hoy de inculturarse las observancias en los distintos países.

El llegar a formar una sola familia, como se es y late hoy con fuerza en la mayoría de los corazones de los hijos e hijas del Císter, ya lo lanzó a los cuatro vientos el padre Gómez de las Bárcenas hace por lo menos cuarenta años, en unos tiempos en que parecía imposible pensar en la unión entre ambas familias, tal como estaba estructurada la Estrecha Observancia. Entonces se presentaba difícil, por no decir imposible la unión, por la divergencia en la manera de interpretar la regla. A pesar de todo, el padre Alberto hizo una campaña incansable durante varios años, en orden a poner los medios para llegar a la ansiada unión de todos hermanos.

De momento no obtuvo ningún fruto aparente, porque había por medio obstáculos insalvables. Recuérdese la austeridad de vida de aquellos tiempos en la estrecha observancia, tanto en la comida como en la vida particular de los monjes, en el silencio perpetuo... y esto en *todos* los monasterios de cualquier continente que fuera. Pero me consta que predispuso los ánimos, de suerte que, cambiadas las circunstancias,



una vez introducido el pluralismo en la estrecha observancia, que acabó con aquella uniformidad en todos los monasterios de la orden, y admitida la celda individual, la ausencia casi completa de ayunos... se llegó a una situación equiparable a la vida que se lleva en muchas casas de la común observancia. Yo creo que hoy podía intentarse derribar de una vez las barreras externas que nos dividen, haciendo desaparecer esa división nominal y formar todos un sólo rebaño, que no exista ni estrecha ni común observancia, sino sólo un Císter, como quisieron nuestros padres, aunque luego cada congregación se quedara con lo que ha profesado. Esto es lo que ya intuía el padre Alberto y por lo cual luchó en solitario como un héroe, a pesar de que más de cuatro veces no recogiera de sus hermanos más que risas sarcásticas.

Hace unos meses, alguien se ocupó de este tema y lo expuso al padre general de la estrecha observancia, considerándolo de máxima trascendencia y actualidad, precisamente con motivo del IX centenario de la fundación de Císter. Como el acontecimiento supera todas las ponderaciones y, cosa normal, tratamos de discurrir medios para celebrarlo con fruto duradero. Entre las cosas que le decía están éstas: «Pensemos que nuestros Padres fundaron la Orden como una gran familia sin fisura alguna, con una sola cabeza, nada de dos como tenemos ahora por las circunstancias de las personas y los tiempos que nos han precedido. Yo creo que ha llegado la hora de acabar con esta división, porque lo quiere y lo ha manifestado públicamente el Santo Padre, lo reclama el pueblo que no comprende esta situación de hermanos separados y lo deseamos de corazón la mayoría de los monjes y monjas. No estaría mal que se hiciera un sondeo, a nivel personal para que se vea lo que se piensa sobre este punto, ya que se hacen otros sondeos y encuestas para cosas que ni nos van ni nos vienen. Esta es la verdad».

Después de estas sugerencias al padre general de la estrecha observancia, se ha celebrado en Cîteaux el día 21-III-1998 —fecha exacta de la fundación de la orden— una magna concentración de religiosos y religiosas de distintas nacionalida-



FRAY M.^o DAMIAN YAÑEZ NEIRA

des y congregaciones, y allí se vivió una jornada fraternal intensa y se echaron los cimientos para seguir ahondando en ese afán de búsqueda de medios que conduzcan hasta lograr la unión total de toda la familia cisterciense. Cuando se haya logrado consumir esa unión, el padre Alberto es digno de figurar en el cuadro de honor formado por todos aquellos monjes y monjas que más se han distinguido en fomentar en la orden este verdadero «ecumenismo», tan recomendado por los últimos pontífices.

Otra ilusión del padre Gómez de las Bárcenas fue la defensa a capa y espada de la afiliación a Císter de la gloriosa Santa Gertrudis la Magna. Hacía pocos años que el padre Timoteo del Alamo, benedictino de Silos, había publicado las revelaciones de la Santa y en la introducción hablaba de su pertenencia a la orden benedictina. El padre Alberto se esforzó en demostrar que había sido cisterciense. Yo creo que no debemos hacernos problema por si fue cisterciense o no, puesto que somos una rama benedictina, vivimos el mismo ideal de perfección concretizado en la misma regla. Sin embargo, vemos hoy cómo el tiempo ha dado la razón al padre Alberto, pues ya hasta los libros actuales del altar la dan por cisterciense.

5. SU HUELLA EN ANGOLA

Me falta por ilustrar una última faceta destacada en la vida del padre Gómez de las Bárcenas, su huella indeleble en Angola. Bien podemos considerar como segunda vocación del padre Alberto, su inclinación a vivir en países de misión, según lo manifestó en algunos artículos publicados en «Cistercium».

Es bien sabido que los pontífices de la primera mitad del siglo XX —sobre todo Pío XI y su sucesor Pío XII— mostraron una gran preocupación por las obras misionales a todos los niveles, publicando diversas encíclicas encaminadas a preparar el ambiente para que el mensaje evangélico se difundiera por todas las naciones. Consideraron que uno de los factores más decisivos en orden a intensificar el catolicismo en aquellos



países de misión, era llevar religiosos y religiosas de vida contemplativa, almas dedicadas única y exclusivamente a orar y dar testimonio vivo con sus obras de trabajo y sacrificio en aquellas naciones sumergidas en el paganismo. Precisamente el Císter se había adelantado ya con una casa en China (12) la cual gozaba de un prestigio singular, ponderando la eficaz ayuda que estaba prestando en el extremo oriente, tanto a través de su oración, como sirviendo de oasis refrigerante para los misioneros que se retiraban a descansar y repostar fuerzas espirituales para seguir trabajando.

Pero viendo que los pontífices insistían tanto en fomentar las obras misionales y mostraron deseos de llevar a aquellos países la vida contemplativa, el Císter fue una de las primeras órdenes que se prestó a secundar las consignas de la Santa Sede, fundando monasterios en las distintas naciones del tercer mundo. No pudiendo extendernos en el desarrollo del tema, diremos que en los últimos cincuenta años se han duplicado las casas de la estrecha observancia (13).

Hacia mediados de siglo, un misionero portugués de la Congregación del Espíritu Santo, que trabajaba en Africa, ingresó en la abadía de San Isidro de Dueñas, donde hizo el noviciado y profesó. Ignoró los motivos que le indujeron a cambiar de instituto. Se llamaba fray Pablo de la Cruz Pereira da Silva, y a juzgar por el resultado, ansiaba a toda costa llevar el Císter a Angola, iniciando una campaña entre los monjes para buscar quien se ofreciera a realizarla. En un principio nadie le hizo caso, pero ante la insistencia de que Pío XII no cesaba de recomendar fundaciones de contemplativos en tierras africanas, poco a poco fue calando la idea.

En definitiva, la comunidad, muy numerosa en aquellos tiempos, se planteó el problema de seguir las consignas papales,

(12) Se llamaba Ntra. Sra. de la Consolación, fundada el siglo pasado, que llegó a adquirir un prestigio considerable, con una comunidad muy floreciente, pero al llegar el comunismo la arrasó por completo.

(13) En 1930 había en la estrecha observancia cincuenta abadías. Hoy pasan de ciento, solamente de varones, y lo mismo pudiéramos decir de las religiosas.



FRAY M.^o DAMIAN YAÑEZ NEIRA

abriendo una casa en tierras angolanas, para satisfacer, además, las insistentes llamadas del obispo de Nova Lisboa que estaba acosando a los monjes a tomar en serio la fundación como respuesta a la voluntad de la Iglesia y medio excelente para que las cristiandades de aquellas tierras se mantuvieran firmes en la fe.

En junio de 1958 salieron de la Trapa de Dueñas el citado fray Pablo de la Cruz juntamente con otro monje, fray Roberto Fernández, para hacer los preparativos en orden a llevar a cabo la fundación, que tardó poco en formalizarse en el momento que encontraron sitio adecuado y llegaron más monjes de San Isidro. Así surgió el monasterio de Bela Vista, que comenzó a funcionar viento en popa, aunque sin que le faltaran grandes dificultades como suelen llevar las obras de Dios. Una de ellas fue la vuelta a su congregación del religioso portugués que entró en el Císter para poner en marcha la fundación. Entonces los superiores enviaron un nuevo refuerzo de San Isidro, en el que iba el padre Alberto, quien se ofreció generosamente a cumplir los deseos de los superiores, trasladándose a Angola.

Se adaptó perfectamente a las costumbres de aquellos países africanos, aprendió el portugués y tan señalados servicios prestó a la fundación, que en el momento de cesar en el cargo el primer superior, pusieron los ojos en él y le elevaron al régimen de la comunidad. Era una época en extremo conflictiva, pues a raíz de la independencia se enzarzaron los distintos partidos, azuzados por naciones extrañas, en una guerra civil que ha durado muchos años, y todavía no está pacificado el país como es debido. Llegó un momento en que se vieron en la precisión de abandonar el monasterio, ante las amenazas de quemarlo. Antes de salir de Bela Vista tuvieron una baja muy sensible. El padre Domingo, joven sacerdote español, fue asesinado cuando transitaba por la carretera en el coche; y un monje negro quedó malherido.

La guerrilla les amenazó y tuvieron que huir a la villa del mismo nombre donde transcurrieron muchos años, hasta llegar un momento en que allí también corrían peligro, teniendo que huir a la ciudad de Huambo. Allí se vieron obligados a vi-



vir más de diez años en una casa particular, con la agravante de que vivían en ella los dueños en el piso de arriba. Se comprende la dificultad tan grande para el desarrollo de la vida monástica, tan impregnada de alabanza divina.

A pesar de esta situación en extremo conflictiva, el padre Alberto se dedicó con afán a poner en marcha una fundación de religiosas de la orden. Comenzó trayendo a España algunas jóvenes nativas de aquellas tierras para que se formaran en la espiritualidad monástica en monasterios de religiosas de la orden. Una vez que tenía un pequeño grupo disponible, emprendió una nueva tarea, buscar una comunidad de religiosas que se responsabilizara de patrocinar la fundación. Tal pretensión le ocasionó sufrimientos muy amargos, pues no hubo ninguna casa en España que se responsabilizara de esa misión, aunque de hecho había alguna con personal suficiente para poderlo hacer.

Después de una búsqueda infructuosa por los diversos monasterios españoles, se vio obligado a recurrir a las casas italianas, habiendo hallado una comunidad que se encargó de patrocinar la nueva fundación, la cual gracias a la solicitud incansable del padre Alberto se llevó a cabo y hoy se halla en marcha en Angola. Esta fue la última obra importante debida al tesón y esfuerzo del padre Gómez.

Los últimos años, en que se vio libre del régimen de su comunidad, se esmeró cuanto pudo en dotarla de una biblioteca extraordinaria. Según referencias de particulares, hoy la biblioteca monástica del monasterio de Angola es de las mejores que se pueden buscar en aquellos países salvajes.

Se hallaba tratando de la vista en España, y cuando se sintió un tanto restablecido, regresó a su puesto de Angola. Al poco tiempo comenzó a sentirse mal, y apareció la terrible enfermedad: un cáncer de próstata que le arrebató de este mundo en muy poco tiempo. Lo admirable en él fue que cuando los superiores le propusieron traerle a España para ver si se conseguía detener la enfermedad, o por lo menos mitigarle los sufrimientos, su respuesta fue una rotunda negativa, manifestando su deseo de morir en tierras africanas. No dudo que este



FRAY M.^o DAMIAN YAÑEZ NEIRA

gran sacrificio hecho a Dios de morir en tierra extraña, un hombre amante de la patria como el primero, haya sido recompensado por el Señor como El suele hacerlo con aquéllos que todo lo dejan por su amor y por el bien de sus hermanos.

